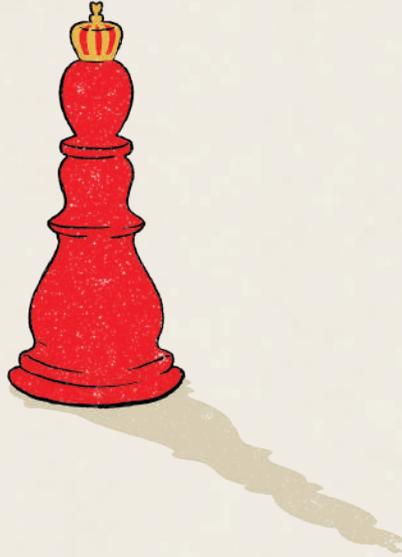


ALICIA
EN EL PAÍS ^{DE} LAS
MARAVILLAS
Y A TRAVÉS DEL ESPEJO



ALICIA
EN EL PAÍS DE
LAS
MARAVILLAS
Y A TRAVÉS DEL ESPEJO

DE

LEWIS CARROLL

CON ILUSTRACIONES

DE

MINALIMA

FOLIOSCOPIO

ALICIA
EN EL PAÍS ^{DE}_{L/TS}
MARAVILLAS
Y A TRAVÉS DEL ESPEJO

Lewis Carroll

Título original: *Alice's Adventures in Wonderland
and Through the Looking-Glass*

© por las ilustraciones: MinaLima Ltd. 2019

© por la traducción: Juan Gabriel López Guix 2021

Publicado originalmente en 2019 por Harper Design.
Publicado en español por Folioscopio
según acuerdo con Harper Design,
un sello de HarperCollins Publishers.

© Folioscopio, S. L., 2021
c/ Rosselló, 186 5º-4ª 08008 Barcelona (España)
www.folioscopio.com

Primera edición: septiembre de 2021
ISBN: 978-84-123861-0-3
Depósito legal: B 9663-2021

Diseño del libro: MinaLima Design

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin
permiso del editor. Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública o transformación
de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN CHINA / PRINTED IN CHINA





ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

PÁGINA 8

- 
- I. La madriguera del Conejo
11
 - II. El estanque de lágrimas
21
 - III. Una carrera política y una historia con mucha cola
33
 - IV. El Conejo envía un mensajero
43
 - V. Los consejos de una oruga
55
 - VI. Cerdo y pimienta
67
 - VII. Una merienda de locos
81
 - VIII. El partido de cróquet de la Reina
95
 - IX. La historia de la Falsa Tortuga
109
 - X. La danza de los bogavantes
121
 - XI. ¿Quién robó las tartaletas?
133
 - XII. La declaración de Alicia
143



A TRAVÉS DEL ESPEJO

PÁGINA 154

- 
- I. La casa del espejo
161
- II. El jardín de las flores vivas
177
- III. Los insectos del espejo
191
- IV. Tralalá y Tralalí
205
- V. Lana y agua
221
- VI. Humpty Dumpty
237
- VII. El León y el Unicornio
255
- VIII. «Es un invento mío»
267
- IX. Reina Alicia
287
- X. Sacudida
306
- XI. Despertar
307
- XII. ¿Quién lo soñó?
311

ALICIA EN EL PAÍS
DE LAS
MARAVILLAS



*Todos en esa tarde dorada
sin prisas nos deslizamos;
porque los remos con poco tino
por bracitos son llevados,
mientras unas manitas simulan
guiar el itinerario.*

*¡Ah, qué Tres tan crueles! ¡En tal hora,
con tal onírico clima,
suplicar un cuento a quien no puede
soplar una simple brizna!
Pero ¿qué hace una pobre voz
contra tres lenguas unidas?*

*Lanza Prima de modo imperioso
del «empieza ya» el dictamen,
Secunda en tono más suave espera
«¡que contenga disparates!»,
Tertia a cada minuto interrumpe
nunca más de un instante.*

*De pronto, al silencio reducidas,
con la niña soñadora
se imaginan ir por un país
de maravillas pasmosas,
amigas de animales y pájaros,
casi creyendo la historia.*

*Y, siempre, cuando el narrar secaba
el pozo de la inventiva,
y, débil, luchaba el agotado
por hallar una salida:
«El resto, otro día». «No, ahora»,
gritaba la algarabía.*

*Y del país de las maravillas
despacio el cuento creció
forjando curiosos episodios;
ahora al fin se acabó
y alegres ponemos rumbo a casa
mientras va cayendo el sol.*

*¡Alicia! Toma un cuento infantil
y con mano suave déjalo
con los trenzados sueños de infancia
en la cinta del recuerdo,
cual ajada flor de peregrino
traída desde muy lejos.*







I

LA MADRIGUERA
DEL CONEJO



*«¿Y de qué sirve un libro —pensó Alicia—
sin dibujos ni diálogos?»*



licia empezaba a hartarse de estar junto a su hermana, sentada a la orilla del río y sin nada que hacer; una o dos veces había echado una mirada al libro que leía la hermana, pero no tenía dibujos ni diálogos. «¿Y de qué sirve un libro —pensó Alicia— sin dibujos ni diálogos?».

Así que estaba dándole vueltas (como mejor podía, ya que lo caluroso de la tarde la adormecía y atontaba) a la idea de si el placer de hacer una guirnalda de margaritas merecía el esfuerzo de levantarse e ir a buscarlas, cuando de repente pasó por su lado un conejo blanco de ojos rosados.

Aquello no tenía nada de extraordinario; y a Alicia tampoco le pareció muy sorprendente oír que el conejo murmuraba:

—¡Qué barbaridad! ¡Llegaré tardísimo!

(Al pensar de nuevo en ello más tarde, se dio cuenta de que eso tendría que haberla asombrado, pero en aquel momento le pareció muy natural.) De todos modos, cuando el Conejo sacó un reloj del bolsillo de su chaleco, miró la hora y luego se alejó a toda prisa, Alicia se incorporó de un salto, pues cayó en la cuenta de que nunca había visto un conejo que llevara chaleco ni reloj que pudiera sacar del bolsillo y, ardiendo de curiosidad, lo siguió corriendo por el prado y llegó justo a tiempo para verlo desaparecer por una gran madriguera situada bajo un seto.

Por ella lo siguió Alicia un instante después, sin pararse



a pensar ni un momento en cómo se las arreglaría para volver a salir.

La madriguera continuó en línea recta como un túnel durante un trecho y luego se hundió de repente bajo sus pies, tan de repente que Alicia no tuvo tiempo de pensar en detenerse y se encontró cayendo por lo que parecía un pozo muy profundo.

O el pozo era muy profundo o ella cayó muy despacio, porque mientras caía le sobró tiempo para mirar a su alrededor y preguntarse qué pasaría a continuación. Primero intentó mirar hacia abajo y averiguar adónde se dirigía, pero estaba demasiado oscuro para distinguir nada; luego miró a los lados del pozo y observó que estaban llenos de armarios y estanterías con libros; aquí y allá vio mapas y cuadros colgados de ganchos. Tomó al pasar un tarro de una de las repisas; tenía una etiqueta donde ponía MERMELADA DE NARANJA, pero con gran desilusión descubrió que estaba vacío; sin embargo, no quiso soltarlo, por miedo a matar a alguien más abajo, de modo que se las arregló para dejarlo en uno de los armarios mientras caía.

«Bueno —pensó Alicia—, después de una caída como ésta, ya no me asustará caerme por las escaleras. ¡Qué valiente que soy, pensarán todos en casa! ¡Vamos, que no diría nada ni, aunque me cayera desde lo alto del tejado!». (Lo cual muy probablemente era cierto.)

Más abajo, más abajo, más abajo. ¿No acabaría nunca la caída?

—Me pregunto cuántos kilómetros he caído ya—dijo en voz alta—. Supongo que estoy cerca del centro de la Tierra. Vamos a ver, eso sería una profundidad de seis mil kilómetros, me parece...

(Porque, ¿sabéis?, Alicia había aprendido varias cosas de ese estilo en las clases de la escuela; y, aunque no era una oportu-

nidad demasiado buena para mostrar sus conocimientos, puesto que no había nadie que la pudiera escuchar, no dejaba de ser un buen entrenamiento repararlos otra vez.)

—... sí, ésa es más o menos la distancia correcta, pero me pregunto a qué latitud o longitud he llegado. —(Alicia no tenía la menor idea de lo que era la latitud, ni tampoco la longitud, pero le parecía que eran unas palabras bonitas e importantes.)

Enseguida retomó sus cavilaciones.

—Me pregunto si atravesaré toda la Tierra. ¡Qué divertido sería aparecer entre la gente que anda con la cabeza para abajo! Las antipatías, me parece... —(esta vez se alegró bastante de que no hubiera nadie escuchando, porque no le pareció en absoluto que aquella fuera la palabra correcta)— pero, claro, tendré que preguntarles cómo se llama el país. Por favor, señora, ¿esto es Nueva Zelanda o Australia? —(E intentó hacer una reverencia mientras hablaba... imaginaos hacer una reverencia mientras estáis cayendo por el aire. ¿Creéis que os saldría?)—. Y menuda niña ignorante creará que soy por hacerle esa pregunta. No, qué vergüenza; a lo mejor lo veo escrito en alguna parte.

Más abajo, más abajo, más abajo. No había otra cosa que hacer, de modo que Alicia se puso a hablar de nuevo.

—¡Me parece que Dina me echará mucho de menos esta noche! —(Dina era la gata)—. Espero que se acuerden de su platito de leche a la hora de la merienda. ¡Querida Dina! ¡Ojalá estuvieras aquí abajo conmigo! En el aire no hay ratones, lo siento, pero podrías atrapar un murciélago, que se parece bastante a un ratón, ¿sabes? Aunque me pregunto si los gatos comen murciélagos.

Y aquí Alicia empezó a adormecerse y siguió hablando sola, como en sueños, diciéndose: «¿Los gatos comen murciélagos? ¿Los gatos comen murciélagos?», y a veces: «¿Los murciélagos

comen gatos?», porque, ¿sabéis una cosa?, como no podía responder a ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho cómo las formulara. Sintió que se quedaba dormida y empezó a soñar que caminaba de la mano de Dina, a quien decía con toda seriedad: «Vamos, Dina, dime la verdad, ¿has comido alguna vez un murciélago?», cuando de repente, ¡catapum!, dio contra un montón de ramas y hojas secas, y entonces concluyó la caída.

Alicia no se hizo el menor daño y enseguida se incorporó de un salto; levantó la vista, pero arriba todo estaba oscuro; ante ella se extendía otro largo pasillo, y aún podía verse al Conejo Blanco, recorriéndolo a toda prisa. No había ni un segundo que perder; Alicia partió como el viento y llegó a tiempo de oírlo exclamar mientras doblaba una esquina:

—¡Por mis orejas y mis bigotes, ¡qué tarde es! Se hallaba muy cerca de él, pero al doblar la esquina el Conejo ya se había perdido de vista; se encontró en una sala larga y baja, iluminada por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

La sala estaba llena de puertas, pero todas estaban cerradas; y, cuando la hubo recorrido de arriba abajo, intentando abrirlas, regresó compungida al centro, preguntándose cómo lograría salir de ahí.

De repente, topó con una mesita de tres patas, toda ella de vidrio; encima sólo había una llavecita dorada, y la primera idea que le vino a la mente fue que podría ser de una de las puertas de la sala; pero, por desgracia, ya fuera porque las cerraduras eran demasiado grandes o porque la llave era demasiado pequeña, el caso es que no servía para abrir ninguna de ellas. Sin embargo, al recorrer la sala por segunda vez, reparó en una cortina baja que no había advertido antes y que escondía una puercecita de unos dos palmos de altura; introdujo la llave dorada en la cerradura y, para gran alegría suya, ¡encajaba!

Alicia abrió la puerta y descubrió que daba a un pequeño pasillo, no más grande que una ratonera; se arrodilló y distinguió al otro lado del pasillo el jardín más encantador que jamás hayáis visto. Cuánto deseaba salir de esa sala oscura y pasear entre aquellos coloridos lechos de flores y aquellas refrescantes fuentes, pero ni siquiera podía meter la cabeza por la puerta; «y, aunque pudiera meter la cabeza —pensó la pobre Alicia—, no me sería de ninguna utilidad sin los hombros. ¡Ah, cuánto me gustaría plegarme como un catalejo! Creo que podría hacerlo si supiera cómo empezar». Porque, como veis, le habían pasado tantas cosas poco corrientes que empezaba a pensar que eran muy pocas las realmente imposibles.

No parecía servir de nada quedarse esperando junto a la pequeña puerta, de modo que volvió hasta la mesa con la vaga esperanza de encontrar otra llave o, en cualquier caso, un libro de instrucciones que explicara la forma de plegar personas como si fueran catalejos; esta vez encontró una botella («y estoy segura de que no estaba antes», dijo Alicia) que tenía atada alrededor del cuello una etiqueta de papel con la palabra **BÉBEME** hermosamente impresa con grandes letras.

A Alicia le parecía muy bien que dijera **BÉBEME**, pero la sensata niña no estaba dispuesta a obedecer a tontas y a locas. «No, primero la examinaré detenidamente—dijo— para ver si está señalada o no como *veneno*»; porque había leído varias simpáticas historias sobre niños que acababan quemados, devorados por bestias salvajes y otras cosas desagradables, por no recordar las sencillas reglas que les habían enseñado sus amigos: que un atizador al rojo vivo te quema si lo sostienes durante demasiado tiempo, por ejemplo, y que, si te cortas muy profundamente el dedo con un cuchillo, suele salirte sangre; y nunca había olvidado que, si bebes mucho de una botella que



está señalada como *veneno*, casi seguro que tarde o temprano te sienta mal.

Sin embargo, la botella no estaba señalada en ninguna parte como *veneno*, así que Alicia se arriesgó a probar su contenido y, como encontró que sabía bien (en realidad, el sabor era una mezcla de tarta de cerezas, natillas, piña, pavo asado, caramelo y tostada caliente con mantequilla), no tardó en bebérselo todo.



—¡Qué curiosa sensación! —dijo Alicia—. Debo de estar plegándome como un catalejo.

Y así era en efecto: ya medía sólo veinticinco centímetros, y se le iluminó la cara ante la idea de tener el tamaño adecuado para cruzar la puertecita que daba al encantador jardín. Sin embargo, primero esperó un poco para ver si seguía encojiéndose más, una posibilidad que la ponía un poco nerviosa; «porque podría acabar —se dijo Alicia— desapareciendo por completo, como una vela. Me pregunto cómo sería entonces». E intentó imaginar a qué se parece la llama de una vela una vez apagada, porque no recordaba haber visto nunca semejante cosa.

Al cabo de un rato, al comprobar que no ocurría nada más, decidió adentrarse por fin en el jardín; pero, pobre Alicia, cuando llegó a la puerta, se dio cuenta de que había olvidado la pequeña llave dorada y, al regresar a la mesa a buscarla, descubrió que no le era posible alcanzarla; podía verla perfectamente a través del vidrio e intentó por todos los medios escalar una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza; y, cuando se cansó de intentarlo, la pobrecita se sentó y se puso a llorar.

—¡Vamos, no sirve de nada llorar así! —se dijo con bastante aspereza—. ¡Más vale que dejes de hacerlo ahora mismo!

Por lo general, se daba muy buenos consejos (por más que rara vez los siguiera), y a veces se regañaba con tanta severidad que se le saltaban las lágrimas; incluso recordaba que una vez intentó darse una bofetada por hacer trampas en el partido de cróquet que jugaba contra sí misma, porque a esta curiosa niña le gustaba mucho fingir que era dos personas. «¡Pero ahora no sirve de nada —pensó la pobre Alicia— fingir que soy dos personas! ¡Si apenas queda lo suficiente de mí como para hacer una persona respetable!».

Sus ojos no tardaron en fijarse en una cajita situada bajo la mesa: la abrió y encontró un pastel muy pequeño sobre el que estaba hermosamente escrita con pasas la palabra CÓMEME.

—Bueno, me lo comeré —dijo Alicia— y, si me hace más grande, agarraré la llave; y, si me hace más pequeña, me arrastraré por debajo de la puerta; lograré entrar en el jardín de una manera u otra, y no me importa cuál.

Dio un pequeño mordisco y se dijo con inquietud: «¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?», colocándose una mano sobre la cabeza para sentir si crecía o disminuía; y se sorprendió bastante al descubrir que seguía teniendo el mismo tamaño. Eso es, por supuesto, lo que suele ocurrir al comer pastel; pero Alicia se había acostumbrado tanto a esperar que sólo ocurrieran cosas poco corrientes que parecía bastante aburrido y tonto que la vida siguiera su curso normal.

Así que siguió comiendo, y muy pronto se acabó todo el pastel.







II

EL ESTANQUE DE LÁGRIMAS

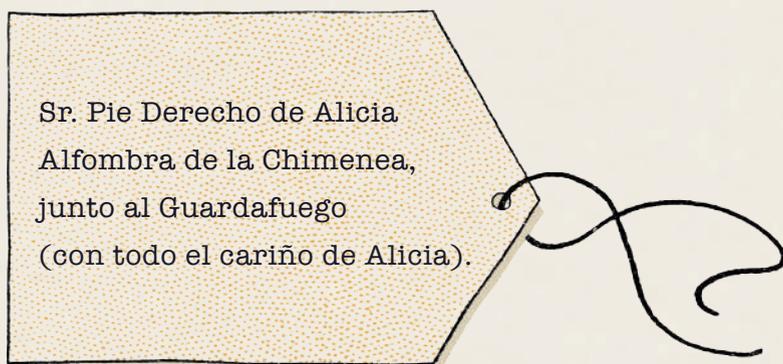


«¿Qué curiosísimo! —gritó Alicia».



ué curiosísimo! —gritó Alicia (estaba tan sorprendida que por un momento olvidó hablar bien)—. ¡Ahora me estoy desplegando como el mayor catalejo que se haya visto nunca! ¡Adiós, pies! —(Porque al mirarse los pies tuvo la impresión de que casi se perdían de vista, de lo mucho que se alejaban)—. ¡Oh, mis pobres piececitos queridos, me pregunto quién os pondrá ahora vuestros zapatos y vuestras medias! ¡Seguro que yo no podré hacerlo! Estaré demasiado lejos para preocuparme por vosotros: tendréis que arreglaros como mejor podáis...

«Aunque tengo que ser amable con ellos —pensó Alicia— o a lo mejor deciden no ir adonde yo quiero. Vamos a ver, les regalaré un par de botas nuevas todas las Navidades». Y siguió planeando cómo se las apañaría. «Tendré que enviarlas con un recadero —pensó—; ¡qué divertido resultará eso de enviar regalos a tus propios pies! ¡Y qué rara será la dirección!».



»¡Qué barbaridad, menudos disparates digo!»

Justo en ese momento se golpeó la cabeza contra el techo de la sala: en realidad, medía ya casi tres metros de altura y agarró a toda prisa la pequeña llave dorada y salió corriendo hacia la puerta del jardín. ¡Pobre Alicia! Tumbada sobre un costado, no pudo hacer otra cosa que contemplar el jardín con un ojo; llegar hasta él resultaba más imposible que nunca, de modo que se sentó y rompió a llorar otra vez.

—Deberías avergonzarte de ti misma —dijo Alicia—, una niña tan grande como tú —(y tenía toda la razón al decir eso)—, ponerse a llorar de esta manera. ¡Vamos, deja de llorar ahora mismo!

Sin embargo, siguió llorando igual, derramando litros de lágrimas, hasta que a su alrededor se formó un gran estanque de unos diez centímetros de profundidad que llegaba hasta la mitad de la sala.

Al cabo de un rato oyó a lo lejos unas pequeñas pisadas y se secó los ojos a toda prisa para ver quién llegaba. Era el Conejo Blanco, que regresaba magníficamente vestido, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra; llegaba dando saltitos con mucha prisa, murmurando para sí mientras se acercaba:

—¡Ay, la Duquesa, la Duquesa! ¡Ay, se pondrá como una fiera si la hago esperar!

Alicia se sentía tan desesperada que estaba dispuesta a pedir ayuda a cualquiera; de modo que, cuando el Conejo pasó a su lado, lo interpeló con voz baja y tímida:

—Por favor, señor...

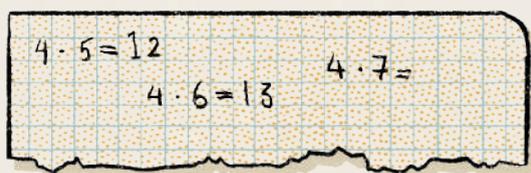
El Conejo se sobresaltó muchísimo, dejó caer los guantes blancos y el abanico, y se escabulló en la oscuridad tan aprisa como era capaz. Alicia recogió el abanico y los guantes y, como

en la sala hacía mucho calor, no dejó de abanicarse mientras seguía hablando.

—¡Caramba, qué raro es todo hoy! Y eso que ayer las cosas fueron normales. Me pregunto si habré cambiado durante la noche. Lo pensaré un poco: ¿era la misma al levantarme esta mañana? Casi me parece recordar que me sentía un poco diferente. Aunque, si no soy la misma, la siguiente pregunta es: ¿quién soy? ¡Ah, ése es el gran misterio!

Y empezó a pensar en todas las niñas de su misma edad que conocía para ver si se habría cambiado por una de ellas.

—Estoy segura de que no soy Ada —prosiguió—, porque su pelo tiene largos tirabuzones, y el mío no tiene ninguno; y estoy segura de que no puedo ser Mabel, porque yo sé muchas cosas, y ella, bueno, ella sabe muy pocas. Además, ella es ella, y yo soy yo, y... ¡Caramba, qué inexplicable es todo esto! Haré una prueba para ver si sé todas las cosas que sabía antes. Vamos a ver: cuatro por cinco, doce; cuatro por seis, trece; cuatro por siete... ¡Canastos, a este paso no llegaré nunca a veinte! De



todos modos, la tabla de multiplicar no es importante: probemos con la geografía. Londres es la capital de París, París es la capital de Roma, Roma... ¡no, estoy segura de que lo digo todo mal! ¡Debo de haberme cambiado por Mabel! Intentaré recitar «Qué incansable...».

Cruzó las manos sobre el regazo, como si fuera a decir la lección, y empezó a recitar el poema; pero la voz le sonó ronca y extraña, y las palabras no salieron como eran:



—Estoy segura de que no son las palabras correctas —dijo la pobre Alicia, y añadió mientras se le llenaban otra vez los ojos de lágrimas—: Al final resultará que soy Mabel, y me tendré que ir a vivir a una casucha, sin apenas juguetes con los que jugar, y, ¡ay, con tantísimas lecciones que estudiar siempre! ¡No, estoy decidida: si soy Mabel, me quedaré aquí abajo!

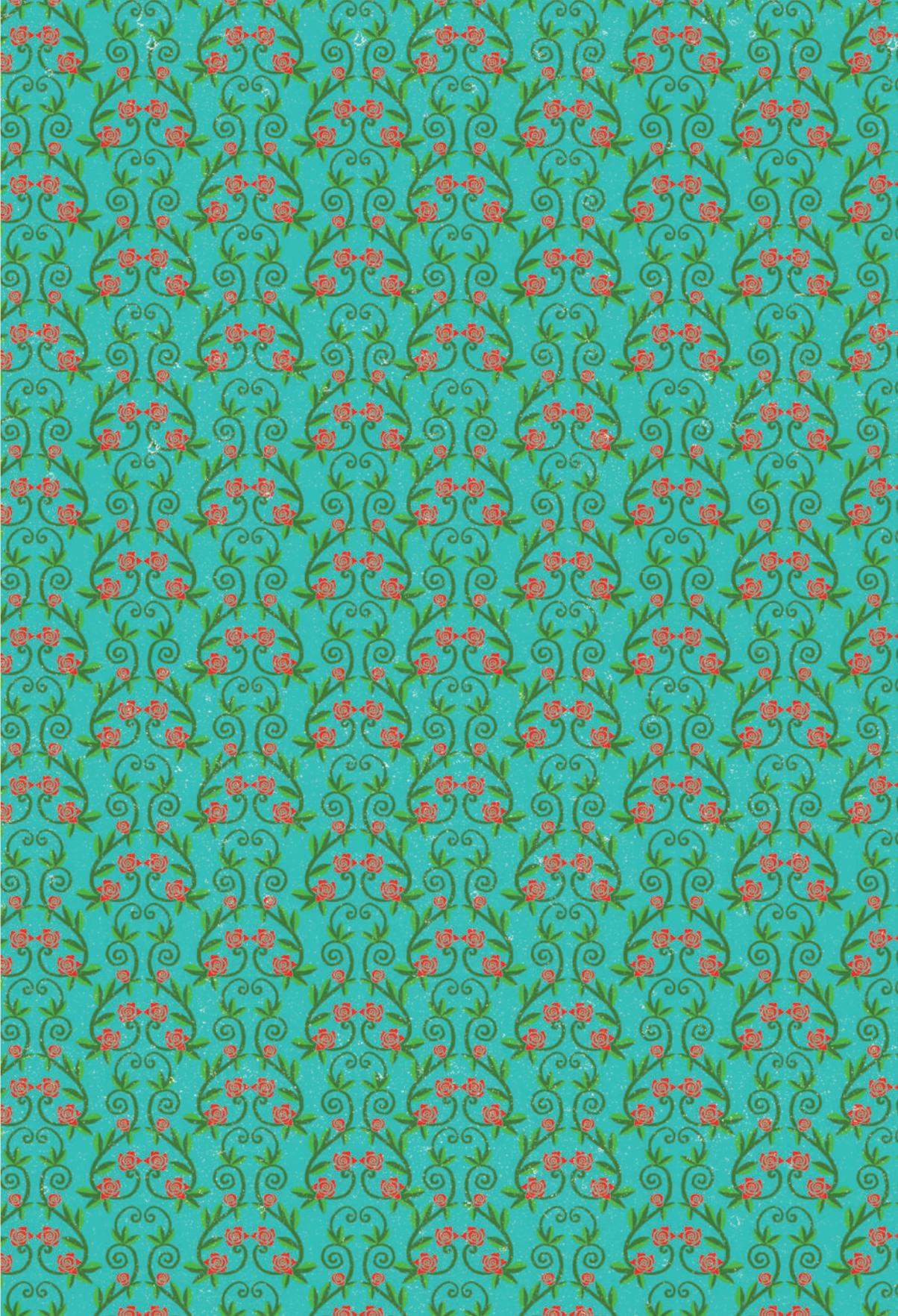
De nada servirá que asomen la cabeza y me digan: «Sube, querida». Lo que haré será mirar hacia arriba y contestar: «Pero ¿quién soy? Decídmelo primero y, luego, si me gusta ser esa persona, subiré; si no, me quedaré aquí abajo hasta que sea otra»... aunque, ¡caramba —exclamó Alicia, presa de un repentino estallido de lágrimas—, ojalá asomaran la cabeza! ¡Estoy harta de no tener ninguna compañía!

Entonces bajó la mirada hacia sus manos y se sorprendió al darse cuenta de que mientras hablaba se había puesto uno de los guantes blancos del Conejo. «¿Cómo lo habré hecho? —pensó—. Debo de estar haciéndome pequeña otra vez». Se levantó y se dirigió a la mesa para medirse con ella, y descubrió que, según sus cálculos, medía ya poco más de medio metro y continuaba encogiéndose rápidamente: no tardó en descubrir que la causa era el abanico que tenía en las manos, de modo que lo soltó a toda prisa, justo a tiempo de librarse de encoger del todo.

—¡Esta vez me he salvado por poco! —dijo Alicia, bastante asustada del repentino cambio, aunque muy contenta de seguir existiendo—. ¡Y ahora al jardín!

Y regresó a todo correr hasta la puertecita; pero, por desgracia, estaba cerrada otra vez, y la pequeña llave dorada se encontraba de nuevo sobre la mesa de vidrio, «y las cosas están mucho peor que antes —pensó la pobre niña—, porque nunca había sido tan pequeña como ahora, ¡nunca! ¡La verdad, esto no es nada justo!».

Mientras decía estas palabras sus pies resbalaron y, un instante después, ¡plof!, se encontró metida en agua salada hasta la barbilla. Su primera idea fue que de algún modo había caído al mar, «y en ese caso puedo volver en tren», se dijo. (Alicia había ido a ver el mar una vez en su vida y había llegado a la conclusión general de que, a cualquier parte que uno fuera de la costa



inglesa, siempre había casetas de baño rodantes, algunos niños cavando en la arena con palas de madera, luego una hilera de casas de huéspedes y, detrás, una estación de ferrocarril.) Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que estaba en el estanque de lágrimas que había llorado cuando medía tres metros de altura.

—¡Ojalá no hubiera llorado tanto! —dijo Alicia mientras nadaba, intentando salir—. ¡Supongo que ahora me castigarán por ahogarme en mis propias lágrimas! ¡Eso sí que sería algo raro, ya lo creo! Sin embargo, hoy todo es raro.

Justo entonces oyó algo que chapoteaba un poco más lejos y se acercó nadando para ver qué era: al principio, pensó que debía de ser una morsa o un hipopótamo, pero luego recordó lo pequeña que era ya, y no tardó en descubrir que era sólo un ratón, que había resbalado como ella.

«¿Servirá de algo —pensó Alicia— hablar ahora con este ratón? Todo es tan poco corriente aquí abajo, que es muy posible que sepa hablar; en cualquier caso, por probar no se pierde nada». Así que empezó:

—Oh, Ratón, ¿conoces la salida de este estanque? ¡Estoy muy cansada de nadar, oh, Ratón! (Alicia pensó que ésa debía de ser la forma correcta de dirigirse a un ratón: nunca lo había hecho antes, pero recordaba haber visto en la gramática latina de su hermano: «Un ratón - de un ratón - a un ratón - un ratón - ¡oh, ratón!».) El Ratón la miró con mucha curiosidad, y a ella le pareció que guiñaba uno de sus ojitos, pero no le contestó nada.

«A lo mejor no me entiende —pensó Alicia—. Quizá sea un ratón francés que llegó con Guillermo el Conquistador». (Porque, a pesar de todo lo que sabía de la historia de Inglaterra, Alicia no tenía una noción muy clara de cuánto hacía que habían ocurrido las cosas.) De modo que empezó de nuevo:

—*Où est ma chatte?*

Ésa era la primera frase de su libro de francés. El Ratón dio un brinco repentino fuera del agua, y pareció que todo él se ponía a temblar de miedo.

—¡Oh, te ruego que me perdonen! —exclamó Alicia a toda prisa, temerosa de haber herido los sentimientos del pobre Ratón—. Había olvidado por completo que no te gustan los gatos.

—¡Que no me gustan los gatos! —exclamó el Ratón, con voz furiosa y estridente—. ¿Te gustarían a ti los gatos si fueras yo?

—Bueno, a lo mejor no —dijo Alicia con tono conciliador—, no te enfades por eso. De todos modos, me gustaría enseñarte a Dina, nuestra gata. Me parece que si la vieras les tomarías cariño a los gatos. Es muy tranquila —prosiguió Alicia, medio para sí misma, mientras nadaba lentamente por el estanque—, y se tumba a ronronear de forma muy simpática junto a la chimenea, lamiéndose las patas y lavándose la cara... y es tan suave que da gusto sostenerla en brazos y acariciarla... y es buenisísima atrapando ratones... ¡Ay, te ruego que me perdonen! —exclamó Alicia de nuevo, porque esa vez el Ratón se erizó por completo, y ella estuvo segura de que se había ofendido de verdad—. No hablaremos más de ella si no quieres.

—¿Hablaresmos? —exclamó el Ratón, que temblaba todo él hasta la punta de la cola. ¡Como si yo fuera a hablar de semejante tema! ¡Nuestra familia siempre ha odiado a los gatos, esos seres repugnantes, despreciables y vulgares! ¡No me hagas oír otra vez esa palabra!

—¡No lo haré, de verdad! —dijo Alicia, con mucha prisa por cambiar de tema de conversación—. ¿Te... gustan... los... los perros? —El Ratón no contestó, de modo que Alicia prosiguió con entusiasmo—: Cerca de nuestra casa hay un perrito de lo más simpático, me gustaría enseñártelo. Es un terrier pequeño de ojos vivarachos, ¿sabes?, ah, y tiene el pelo marrón

muy largo y rizado. Y te trae las cosas cuando se las tiras, y se sienta y pide la comida, y hace muchas gracias... no me acuerdo ni de la mitad... y es de un granjero que dice que es muy útil, ¡que vale una fortuna! Dice que mata todas las ratas y... ¡Caramba! —exclamó Alicia con voz afligida—. ¡Me temo que te he ofendido otra vez!

Porque el Ratón se alejaba de ella con todas sus fuerzas y provocaba una considerable agitación en el estanque.

De modo que lo llamó dulcemente:

—¡Ratón querido! ¡Vuelve otra vez, y no hablaremos de gatos ni tampoco de perros si no te gustan!

Cuando el Ratón oyó esas palabras, se dio la vuelta y nadó lentamente hacia ella; tenía la cara bastante pálida (de cólera, pensó Alicia) y dijo, con voz baja y temblorosa:

—Vamos a la orilla y te contaré mi historia, comprenderás por qué detesto a los gatos y a los perros.

Y ya era hora de salir de ahí, porque el estanque se estaba llenando de pájaros y otros animales que habían caído en él: había un pato y un dodo, un loro y un aguilucho, así como varias curiosas criaturas más. Alicia se puso en cabeza, y todo el grupo nadó hacia la orilla.

